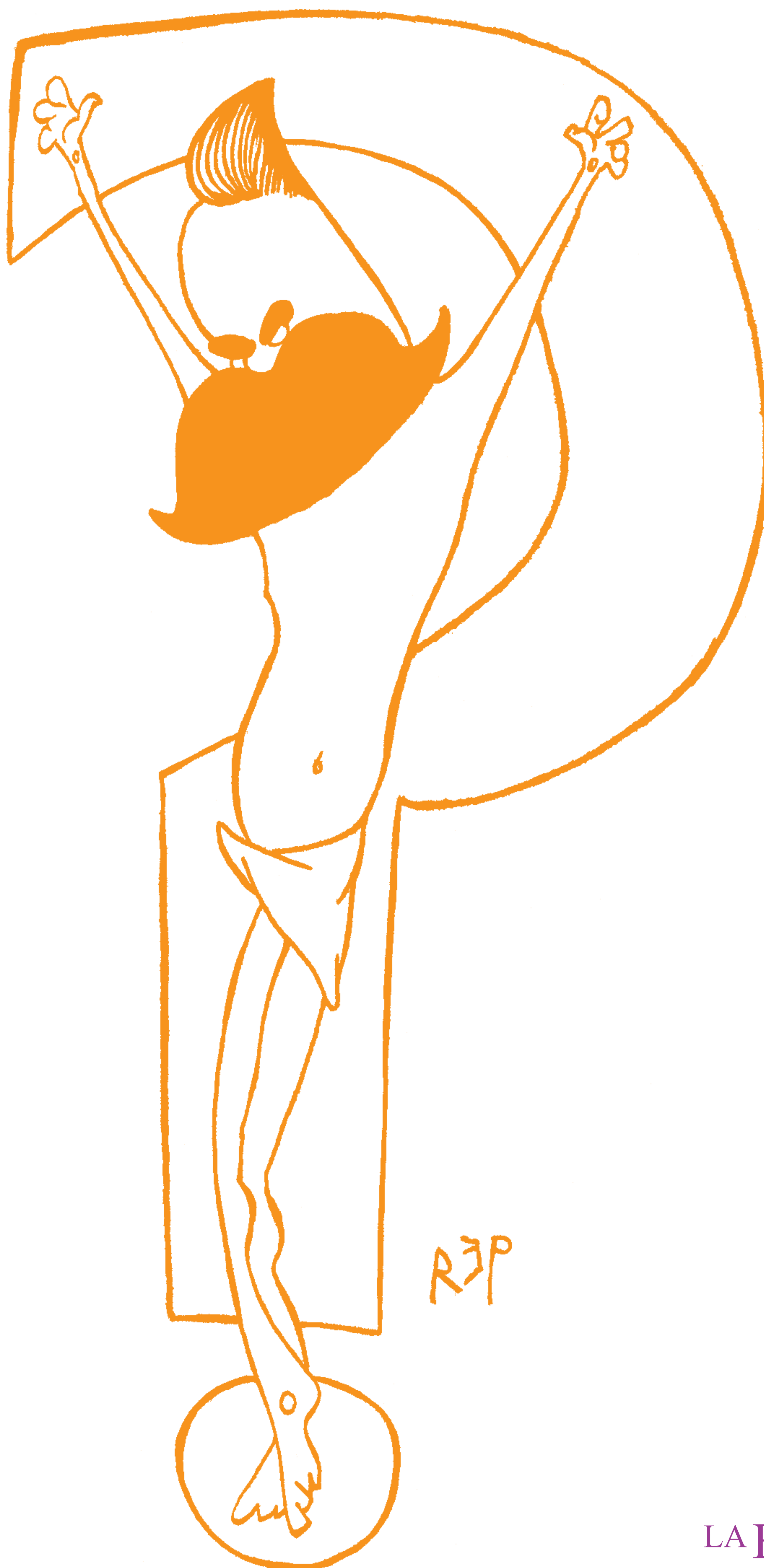
JOSÉ PABLO FEINMANN

LA FILOSOFÍA Y EL BARRO DE LA HISTORIA

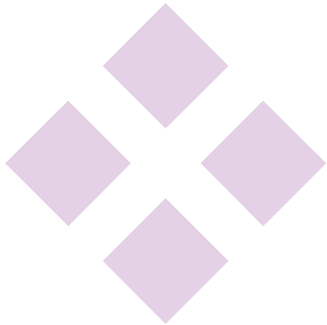
CLASE N° 15

NIETZSCHE



QUÉ ES LA FILOSOFíA
Una introducción
al saber de los saberes

Suplemento especial de Página/12



EN BUSCA DE NIETZSCHE

¿Qué fue Nietzsche? ¿Un filósofo proto-nacionalsocialista? ¿Un filósofo pre-punk? ¿Un posmoderno *avant la lettre*? Muchas, tal vez demasiadas cosas fue Nietzsche. Hay una frase y dice: "Dime qué cita necesitas y Nietzsche te la dará". Para Karl Jaspers, cuyo *Nietzsche* recomiendo con fervor, cultivó un existencialismo nihilista. Para Jung, fue, nada menos, quien reveló el inconsciente. Bataille analizó la voluntad de poder (eje del pensamiento nietzscheano) como voluntad de tragedia y sacrificio. Gilles Deleuze lo instrumentará para algo que le interesa dejar atrás, entre los escombros del hegelianismo: la dialéctica. En 1961 publica su *Nietzsche y la filosofía* y ya ahí emprende esa tarea. Gianni Vattimo lo pone al servicio de la crítica a la modernidad y como referente del mundo fragmentado, descentrado de la posmodernidad. Y "referente" es, desde Vattimo, un concepto escaso, ya que el pensador italiano va más allá: la posmodernidad, dirá en sus arrebatos más profundos, nace con Nietzsche. Lukács arremete contra él en su clásico *El asalto a la razón*: Nietzsche es la cumbre del irracionalismo y –sin lugar a dudas– eso que hemos llamado un proto-nacionalsocialista. Heidegger lo verá como la culminación y el acabamiento de la metafísica. Lo veremos en el texto *La frase de Nietzsche "Dios ha muerto"*. Y Foucault hará de Nietzsche el disparador de sus mejores textos sobre la verdad y el poder.

Hay más: en su temprana obra sobre el origen de la tragedia griega, Nietzsche estudia el culto dionisíaco. Este culto caótico y violento, este culto de liberación de los instintos, encarna las fuerzas del devenir. Pero habrá de ser controlado y sublimado por el otro culto de los griegos, el apolíneo. Esta sublimación, esta represión de los instintos dionisíacos por el elemento apolíneo posibilita la *cultura* de la Grecia clásica. ¿No se ven aquí las líneas centrales del texto de Freud de 1930, *El malestar en la cultura*? ¿No se ven pasajes enteros de *Dialéctica del Iluminismo*, de Adorno y Horkheimer, sobre todo el que muestra a Odiseo resistiéndose al canto de las sirenas, taponando con cera sus oídos para frenar la fuerza de sus instintos? Y también, Nietzsche, en tanto cuestiona la racionalidad cartesiana y el mundo suprasensible del platonismo, será retomado por el deconstructivismo derrideano, que busca descentrar todo centro, todo el logocentrismo de la tradición filosófica occidental. Hay miles de alfombras en la cultura contemporánea. No bien uno levanta una y mira: ahí está Nietzsche.

¿Cómo es posible esto? ¿Por qué Nietzsche está en casi todos lados? Porque no hay uno, hay muchos. Desdeñoso del pensamiento sistemático, maestro de lo aforístico, filósofo y poeta, contradictorio, acosado por duras migrañas y, por fin, loco, totalmente loco ("un pensador del que siempre se podrá objetar correctamente que al final se volvió loco", dirá Heidegger), son tantas las líneas que arroja hacia el futuro como pensadores, dominados por su volcánico glamour, dispuestos a recogerlas. Se puso de moda a mediados de los sesenta, los posestructuralistas y después los posmodernos lo instalaron en el centro de su operatividad y –hoy– es todavía uno de los filósofos más publicados, más leídos, más discutidos. Veamos: como dijera con Kant, seamos prolijos. Algo de su vida entonces. El 15 de octubre de 1844 nace en Röcken (cerca de Lucerna). Hijo de un pastor. 1844 es el año en que Marx escribe sus *Manuscritos económico-filosóficos*. (Poco o nada supieron, uno del otro, Marx y Nietzsche.) En 1849 muere su padre. En 1850 se traslada con su familia a Naumberg. Estoy siguiendo la *Tabla cronológica* de Jaspers (Karl Jaspers, *Nietzsche*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2003). En 1864 y 1865 permanece en Bonn. Cursa dos semestres de filología y de teología. En 1869 es profesor en Basilea. Antes, en el otoño de 1868, conoce a Wagner. Es todo por ahora.

"LA GENEALOGÍA DE LA MORAL"

¿Por dónde iniciar la tarea? Tenemos que exponerlo antes de abrir juicios sobre él, si es que tal cosa se produce. (Es más que posible que sí, que se produzca.) No voy a repasar todas las interpretaciones de Nietzsche porque sería agobiante. Voy a tomar un par de textos fundamentales y los iré comentando. Saldrá como siempre una interpretación que no voy a poder evitar, cercana a muchas de las existentes pero, al cabo, propia. Más o menos como ha ocurrido hasta aquí con los pensadores que hemos abordado. Pero más que mi interpretación lo que me interesa es exponerles el pensamiento de Nietzsche. Nadie escapa a una interpretación personal. Yo me propongo partir de uno de sus textos más duros, más violentos: el Tratado Primero de *La genealogía de la moral*. Ahí hay ya una elección, una predilección, una actitud personal. Pero, a la vez, la convicción de que en ese texto tumultuoso hay *más* nietzsche que en otros. Y otra convicción: que ese texto no habrá de resultarles indiferente. Por el contrario, agitará sin piedad todas las neuronas de ese maravilloso instrumento que llevan en la terraza de vuestros humanos cuerpos. Nadie entra en Nietzsche y sale tal como entró. Están advertidos.

Si hemos de ocuparnos de la *Genealogía de la moral*, vayamos en busca de eso que Nietzsche entendía por *genealogía*, concepto que Deleuze ha intentado explicitar. Lo citamos: "Genealogía quiere decir a la vez valor del origen y origen de los valores. Genealogía se opone tanto al carácter absoluto de los valores como a su carácter relativo o utilitario. Genealogía significa el elemento diferencial de los valores de los que se desprende su propio valor. Genealogía quiere decir pues origen o nacimiento, pero también diferencia o distancia del origen" (Gilles Deleuze, *Nietzsche y la filosofía*, Anagrama, Barcelona, 2000, p. 9). No creo que genealogía se oponga al carácter absoluto de los valores. Creo que Nietzsche establece valores absolutos. Estas manipulaciones de Deleuze: absoluto-relativo, elemento diferencial de los valores, origen o nacimiento *pero también* diferencia o distancia del origen, son tempranos artilugios que la posmodernidad exasperará. No creo que en la *Genealogía de la moral* Nietzsche se muestre tan sensible a la diseminación de los materiales con que trabaja. Será, creo, por el contrario, unívoco, contundente, instigador de elementos binarios irreductibles (Roma-Judea, por nombrar uno) y eso hará de su texto un ejemplo de esa *filosofía a martillazos* que tanto le agradaba. Hay otro sentido de *genealogía*: se trata de un pensamiento que va en busca de las fuentes, en busca de los orígenes, un rastreo en la génesis de todo lo que existe y en la génesis del pensamiento acerca de eso que existe.

En el prólogo, escrito en julio de 1887, cuando tiene 43 años, dice mucho de lo que habrá de decir en el resto del Tratado Primero, sobre el que nos concentraremos. "De hecho, siendo yo un muchacho de trece años me acosaba ya el problema del origen del mal" (Nietzsche, *Genealogía de la moral*, Alianza Editorial, Biblioteca Nietzsche, Madrid, 2001, p. 24). Es una buena edad para que un jovencito se ocupe de este tema. Ya ha visto algo del mundo y ha descubierto que no es un saludable ni pacífico ni justo ni buen lugar para estar. Lo que sigue a este descubrimiento es una inevitable pregunta: si todo esto es así, es porque el mal triunfa en la tierra. ¿Qué es, entonces, el Mal? Lo primero que todo buen filósofo hace cuando se formula esta pregunta es remitirse a Dios. Ahí está la solución. "Otorgué a Dios (dice Nietzsche), como es justo, el honor e hice de él el *padre* del Mal" (*Ibid.*, p. 24). Pero esto dura poco. No olvidemos que Nietzsche ha venido al mundo y a la filosofía a matar a Dios, no a delegarle problemas. Se aparta del prejuicio teológico y, sin ese amparo, retorna desvalido pero lúcido a su problema. "¿En qué condiciones se inventó el hombre esos juicios de valor que son las palabras bueno y malvado?, *¿y qué valor tienen ellos mismos?*" (*Ibid.*, p. 24). No tarda N. en encontrar la clase de moral contra la que habrá de alzarse. Se trata de la *moral de la compasión*. Esta moral ha enfermado a la cultura europea. Se trata de salir de ella. Si alguien habrá de escupir rabiosamente sobre esos valores blandos (la compasión, la piedad, lo no-egoísta, el autosacrificio) será Nietzsche.

EL PATHOS DE LA DISTANCIA

Entramos ya en el Tratado Primero y Nietzsche no demora en decir quiénes son los creadores de valores, los creadores de lo *bueno*. Los creadores de "lo bueno" son "los buenos". "Los buenos" son un tipo de hombre. Un tipo de hombre capaz de crear valores desde sí, a partir de sí. "Antes bien, fueron 'los buenos' mismos, es decir, los nobles, los poderosos, los hombres de posición superior y elevados sentimientos quienes se sintieron y se valoraron a sí mismos y a su obrar como buenos, o sea como algo de primer rango, en contraposición a todo lo bajo, abyecto, vulgar y plebeyo" (*Ibid.*, p. 37) Introduce, de inmediato, un concepto de una admirable justeza para sus propósitos: el *pathos de la distancia*. Escribe: "Partiendo de ese *pathos de la distancia* es como se arrogaron el derecho de crear valores, de acuñar nombres de valores" (*Ibid.*, p. 37). Recurre (sobre todo en *Más allá del bien y del mal*) a la figura de la aristocracia griega, la cual crea los valores a partir de sí y se nombra a sí misma: "Nosotros, los veraces". Imaginen la dimensión inmensurable de este orgullo. ¿Desde dónde habrían de mirarnos estos seres? Estén cerca o lejos de nosotros, nos mirarán desde lo alto, despreciándonos. Este es el *pathos de la distancia*. Es el pathos de la aristocracia. Nietzsche, será necesario aclarar este punto, no se refiere a una clase social, o meramente a una clase social, se refiere a una cualidad espiritual. Quienes nos desdeñan tan hondamente lo hacen, antes que de un estamento social, de un estamento del Espíritu. Y escribe N.: "El *pathos* de la nobleza y de la distancia (...), el duradero y dominante sentimiento total y radical de una especie superior dominadora en su relación con una especie inferior, con un 'abajo' –*éste* es el origen de la antítesis 'bueno' y 'malo'" (*Ibid.*, p. 38). Lejos está "Dios" de todo esto. Lejos queda el "utilitarismo" de los "psicólogos" ingleses o esos valores de la compasión y la piedad propios de decadencia cristiana. Lo *bueno* es lo que surge de la aristocracia y de la nobleza. Lo *bueno* es lo que expresa el dominio de una *especie superior* sobre una inferior.

Si queremos otorgarles *espacialidad* a estos valores:

Bueno ——— *Lo alto*
Malo ——— *Lo bajo*

Pero Nietzsche, en este texto fundamental, nos tiene reservada una sorpresa, un alarde de su densidad, de su desmedido genio: *el origen del lenguaje les pertenece a los señores*. Es una "exteriorización" de su poder. "Dicen 'esto *es* esto y aquello', imprimen a cada cosa y a cada acontecimiento el sello de un sonido y con esto se lo apropian" (*Ibid.*, p. 37). Los señores nombran a las cosas, les imprimen "el sello de un sonido" y ahí, dándoles un nombre, las hacen suyas. En suma, la palabra "bueno" no está ligada a esa miel anémica de las acciones "no egoístas". Sólo cuando los valores aristocráticos declinan (veremos a Nietzsche sufrir fuertemente esta declinación en la Europa de su tiempo y llamarla *décadence*) es que "bueno" se liga otra vez con "no egoísta", con "compasión" o "bondad". Aquí se impone el *instinto de rebaño*.

La tarea genealógica se apoya también en la etimología de las palabras "bueno" y "malo". Aquí, encuentra Nietzsche una *metamorfosis conceptual*. "Noble" y "aristocrático": conceptos básicos a partir de los cuales se desarrolla "bueno". ¿Qué significa, pues, "bueno"? Significa: *anímicamente noble, aristocrático* ("bueno" se desarrolla de "aristocrático" y termina significando "aristocrático": el concepto termina significando lo que significaba su fuente genealógica), *anímicamente de índole elevada*, *anímicamente privilegiado*. Este desarrollo es siempre paralelo a otro: al que hace que *vulgar*,

plebeyo y *bajo* terminen por significar, unívocamente, *malo*.

Nietzsche habrá de decir, al iniciar el parágrafo cinco de este Tratado Primero, que *su* problema es "un problema *silencioso* y que sólo se dirige, selectivamente, a un exiguo número de oídos" (*Ibid.*, p. 41). Ésta es una constante en él. Se trata de un pensador solitario. Alguien que sabe que no cuenta ni puede contar sino con "un exiguo número de oídos". El *Prólogo* de *El Anticristo* –libro tardío, de 1888; cercano, por consiguiente, a la locura definitiva de su autor– empieza enunciando que ese libro, *El Anticristo*, es para muy pocos. Y más aún: tal vez, todavía, no sea para nadie. Nietzsche es un filósofo sin amarras en su tiempo. Acaso elaboró una filosofía del porvenir. "Lo que narro es la historia de los dos próximos siglos –escribió en uno de sus fragmentos póstumos–. Describo lo que viene, lo que no puede venir ya de otra manera: el advenimiento del nihilismo", fragmento póstumo de noviembre 1887-marzo 1888. En el tema del *nihilismo* aún no hemos entrado; se trata del tema central de la obra de Nietzsche y nuestra aproximación será, como otras veces, cautelosa.

Seguimos con *La genealogía*: "Con el latín *malus* [malo] (a su lado yo pongo [negro]) acaso se caracterizaba al hombre vulgar en cuanto hombre de piel oscura, y sobre todo en cuanto hombre de cabellos negros (*hic niger est* [este es negro]–), en cuanto habitante precario del suelo italiano, el cual por el color era por lo que más claramente se distinguía de la raza rubia, es decir, de la raza aria, de los conquistadores (...), el noble, el puro, significaba en su origen el cabeza rubia, en contraposición a los habitantes primitivos, de piel morena y cabellos negros" (*Ibid.*, p. 42). Pero teme Nietzsche por esta "raza de conquistadores". Poco de lo que ve en la Europa que lo cobija le es placentero o merece su aprobación. Todo es *decadencia*, dado que en *casi toda Europa* "la raza sometida ha acabado por predominar de nuevo (...) en el color de la piel, en lo corto del cráneo y tal vez incluso en los instintos intelectuales y sociales: ¿quién nos garantiza que la moderna democracia, el todavía más moderno anarquismo y, sobre todo, aquella tendencia hacia la *commune* [comuna], hacia la forma más primitiva de sociedad, tendencia hoy propia de todos los socialistas de Europa, no significan en lo esencial un gigantesco *contragolpe* y que la *raza* de los conquistadores y *señores*, la de los arios, no está sucumbiendo incluso fisiológicamente?" (*Ibid.*, p. 42). Nietzsche, Marx y la Comuna de París: he aquí un enfrentamiento. Para Marx, la Comuna como la primera experiencia de un gobierno proletario, de una dictadura del proletariado, de una *ejemplar* (insistirá Engels en esto) dictadura del proletariado. Para Lenin (en *El Estado y la revolución*) la facticidad que prueba, desde el pasado, su teoría sobre la extinción del Estado bajo la dictadura proletaria. Para Nietzsche, una rebelión de lo plebeyo, de lo vulgar, de lo bajo, un contragolpe de los esclavos contra "la raza de los conquistadores y señores, la de los arios". Claramente hay aquí un desacuerdo profundo. No obstante, Michel Foucault es, sin duda, un nietzscheano de izquierda. Así de compleja es la cosa. ¿Necesito decir que volveremos sobre este tema?

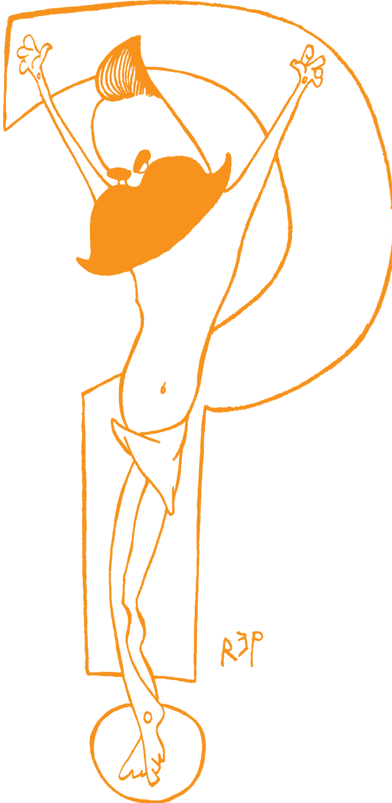
LATERALIDAD

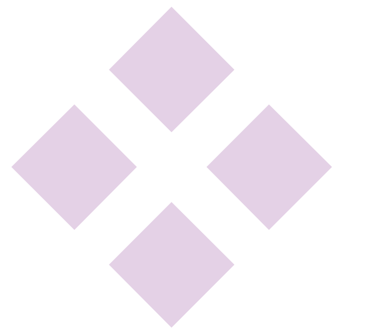
"Friedrich Nietzsche nace el 15 de octubre de 1844 en Röcken, Prusia, en el seno de una familia de clérigos luteranos. En 1879, por motivos de salud, deja su cátedra de Filología en la Universidad de Basilea (Suiza) y se convierte en un solitario viajero. El 3 enero de 1889, en Turín, enloquece. En esos días escribe veintisiete cartas y postales a amigos y personajes públicos en las que firma como Nietzsche-César, Nietzsche-Dioniso, o simplemente Dioniso o El Crucificado. Poco después lo encuentran, en la habitación que alquilaba, bañado en lágrimas, dando saltos e improvisando al piano; murmuraba frases acerca de sí mismo como sucesor del Dios cristiano. Muere en Weimar el 25 de agosto de 1900 de demencia paralítica. Su obra filosófica atraviesa el siglo XX como una flecha ardiente y embriagadora que ha admitido las más diversas interpretaciones e influencias" (Rubén H. Ríos, *Nietzsche y la vigencia del nihilismo*, Campo de Ideas, Madrid, 2004. El texto figura en la segunda solapa del libro, pero fue escrito por Ríos).

LOS VALORES ASCÉTICO-SACERDOTALES CONTRA LOS CABALLERESCO-ARISTOCRÁTICOS

En el parágrafo 7 inicia Nietzsche un antagonismo que no cederá en ningún instante: los valores ascético-sacerdotales contra los valores caballeresco-aristocráticos. El ideal ascético es el ideal del sacerdote. Su metafísica es la de la hostilidad hacia los sentidos. Se autohipnotizan a la manera del faquir y del brahmán, se abstienen de comer carne o, sin más, ayunan, se entregan a la continencia sexual y jamás aceptarían la receta que Nietzsche les propondría para que se curaran de tantas calamidades: "Cura de engorde y sobrealimentación, en la cual reside el más eficaz antídoto contra toda histeria del ideal ascético" (*Ibid.*, p. 44).

¿Qué ocurre con los valores caballeresco-aristocráticos? Tienen contundentes presupuestos: "Una constitución física poderosa, una salud floreciente, rica, incluso desbordante, junto con lo que condiciona el mantenimiento de la misma, es decir, la guerra, las aventuras, la caza, la danza, las peleas y, en general, todo lo que la actividad fuerte, libre, regocijada lleva consigo" (*Ibid.*, p. 45). Los juicios de valor caballeresco-aristocráticos son, así, una exaltación del dionisismo. Los instintos se liberan, las fuerzas físicas se expanden, la danza ejerce su vértigo, y la guerra será el campo en que se expresará el poderío siempre floreciente de los guerreros. ¿Qué nos está dibujando Nietzsche? El guerrero dionisíaco contra la casta sacerdotal que sofoca la vida, que la odia. ¿Cuál es el *pueblo sacerdotal* por excelencia? El pueblo judío. ¿Qué ha hecho este pueblo? Se ha vengado de sus dominadores imponiendo los valores opuestos a los que éstos encarnaban. Se trata de "*la más espiritual venganza*" (*Ibid.*, p. 46). Han invertido la identificación aristocrática de los valores: *bueno = noble = poderoso = bello = feliz = amado de Dios*. Contra esto los judíos han impuesto el siguiente orden de valores sacerdotales, sacrificiales, ascéticos, al decir: "¡Los miserables son los buenos; los pobres, los impotentes, los bajos son los únicos buenos, los que sufren, los indigentes, los enfermos, los deformes son también los únicos piadosos, los únicos benditos de Dios, únicamente para ellos existe bienaventuranza, en cambio vosotros, vosotros los nobles y violentos, vosotros sois, por toda la eternidad, los malvados, los crueles, los lascivos, los insaciables, los ateos, y vosotros seréis también eternamente los desventurados, los malditos y condenados!" (*Ibid.*, p. 46). Y de inmediato Nietzsche escribe una de sus frases martilladas: "Se sabe *quién* ha recibido la herencia de esta transvaloración judía" (*Ibid.*, pp. 46/ 47). Bien, sí: Jesús de Nazaret. Nietzsche ve en Jesús, en ese "redentor", amigo de pobres, enfermos y pecadores, la forma más seductora e irresistible por la que Israel impone sus valores. "¿No ha alcanzado Israel, justamente por el rodeo de ese 'redentor', de ese aparente antagonista y liquidador de Israel, la última meta de su sublime ansia de venganza?" (*Ibid.*, p. 48) Atractivo, en verdad. La casta sacerdotal judía, para triunfar, para imponer sus valores se vale de este "redentor" que, se supone, viene a destruir a Israel cuando, en verdad, viene a consagrar sus valores. Nace, de este modo, *un cristianismo judaizado*. "Todo se judaiza, o se cristianiza, o se aplebeya a ojos vistas" (*Ibid.*, p. 49). En suma, los valores ascético-sacerdotales se valen del "redentor" para seducir a todos e iniciar una nueva etapa, una etapa judeo-cristianizada que entronizará los valores plebeyos en contra de los aristocráticos.





EL HOMBRE DEL RESENTIMIENTO Y EL HOMBRE NOBLE

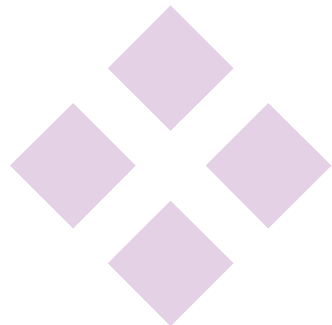
Los antagonismos que plantea Nietzsche encuentran otra figura: la del hombre del resentimiento y la del hombre noble. Observemos el papel que juega la *inteligencia* en este nuevo enfrentamiento. "Una raza de tales hombres del resentimiento acabará necesariamente por ser *más inteligente* que cualquier raza noble" (*Ibid.*, p. 52). Se va armando la trama. Los hombres del resentimiento, que provienen del triunfo de los valores ascético-sacerdotales, que son los valores de Israel llevados al triunfo, sólo paradójicamente en apariencia, por el "redentor", encuentran su expresión por medio de la *inteligencia*. Los hombres nobles no son inteligentes o, al menos, "no es la inteligencia ni mucho menos tan esencial como lo son la perfecta seguridad funcional de los instintos *inconscientes* reguladores o incluso cierta falta de inteligencia" (*Ibid.*, p. 52). Apareció la palabra *inconsciente*. Apareció la exaltación de la *falta de inteligencia*. Del *inconsciente* se hará cargo el judío Freud. De la exaltación de la *falta de inteligencia* se harán cargo los nacionalsocialistas, quienes verán en los judíos a una raza más inteligente que el común ciudadano alemán. Un racismo valorativo el racismo nazi. El judío tiene una inteligencia superior: por eso se apropiará de Alemania si no se lo destruye. (Estos apuntes son provisorios y algo apresurados, pero me resisto a no dejarlos donde están. La trama se sigue armando. Y disculpen si abundo en citas de Nietzsche, pero él dice lo suyo mejor que yo cuando tomo *su* voz.)

Nadie dude que aquel que tuvo a los "buenos" de Nietzsche como "enemigos", ha tenido frente a sí a los más "malvados enemigos". El "bueno" de Nietzsche (el señor, el noble, el aristócrata, el guerrero) es despiadado con sus enemigos, de aquí que sus enemigos, al ser diezmados por ellos, digan, ¡qué enemigo tan despiadado, qué enemigo tan cruel! Para los supuestos bondadosos la ira de los "buenos" es vivida como maldad extrema, dado qué ¡pobre de aquel que sufra la ira de los "buenos"! Los "buenos" se otorgan reconocimiento *inter pares* pero "no son hacia fuera, es decir, allí donde comienza lo extranjero, la tierra extraña, mucho mejor que animales de rapiña dejados sueltos" (*Ibid.*, p. 54) Aquí aparece la figura del guerrero nietzscheano: el *ave de rapiña*. Incontenible en su afán de conquista y destrucción. Bien pueden temblar los amigos de la compasión, de la misericordia, de todo lo mediocre y débil cuando el ave de rapiña de Nietzsche alza su vuelo y se arroja sobre sus enemigos. Cuando está afuera, en tierra extraña, en tierra de conquista, el ave de rapiña, que es el guerrero, retorna a la "inocencia propia de la conciencia de los animales rapaces, cual monstruos que retozan, los cuales dejan acaso tras sí una serie abominable de asesinatos, incendios, violaciones y torturas con igual petulancia y con igual tranquilidad de espíritu que si lo único hecho por ellos fuera una *travesura estudiantil*, convencidos de que de nuevo tendrán los poetas algo que cantar y enzalsar" (*Ibid.*, pp. 54/55. El subrayado *travesura estudiantil* me pertenece. Ya analizaremos ese concepto.) Recordemos aquí la glorificación que Hegel hiciera de la guerra de Troya. ¿Qué eran los guerreros de Agammenón sino aves de rapiña que buscaban destrozar gargantas y cuerpos troyanos? ¿Les dieron o no material a los poetas? ¿Qué cantarían los poetas sin el exceso de vida de los guerreros?

LA BESTIA RUBIA

Pero eso que Nietzsche reconoce en el ave de rapiña, más que la imagen de los guerreros griegos, a quienes, desde ya, reverencia, es *otra clase* de guerreros: "Resulta imposible no reconocer, a la base

de todas estas razas nobles, el animal de rapiña, la magnífica *bestia rubia*, que vagabundea codiciosa de botín y de victoria" (*Ibid.*, p. 55). Caramba, qué texto tan fuerte, acaso incómodo. Las cosas que hay que tragarse para salir de Marx, destruir la dialéctica, la filosofía de la praxis. (No digo la dialéctica como teleología metafísica, con sujeto sustancial, *alla* Hegel, sino la dialéctica como lucha concreta, histórica, de sujetos en conflicto, antagónicos. Seguiremos largamente volviendo sobre este tema.) Seguimos con el genio y el loco de Turín (localidad, esta última, en la que Nietzsche enloqueció sin retorno): se lanza en busca de las aristocracias que han encarnado al ave de rapiña, al guerrero inmisericorde, al creador del valor de lo "bueno", "las aristocracias romana, árabe, germánica, japonesa, los héroes homéricos (...) Son las razas nobles las que han dejado tras sí el concepto 'bárbaro' por todos los lugares por donde han pasado" (*Ibid.*, p. 55). Las razas nobles son: audaces, se manifiestan de modo loco, absurdo, tienen un elemento imprevisible e incluso inverosímil, tienen indiferencia y hasta desprecio por la seguridad del cuerpo, del bienestar, tienen una jovialidad *horrible*, sienten un profundo placer en destruir, en todas las voluptuosidades del triunfo y la crueldad. Y escribe entonces Nietzsche un texto famoso, que muchos lamentarán que yo transcriba aquí, como si me lanzara a parcializarlo, a ver sólo un aspecto de él, el que los nazis mejor pudieron explotar. ¿Por qué les resulta tan incómoda la frase? ¿Intentan hacer de ella algo extraño al *corpus* de Nietzsche? ¿La escribió él o fue un agregado de Elisabeth Förster Nietzsche, su malvada hermana, bruja antisemita y despiadada cuyo placer residía en manipular, en trastrocar los textos de su hermano y que acabó por armar el mamotreto de *La voluntad de poder*? La frase es la que sigue: "La profunda, glacial desconfianza que el alemán continúa inspirando también ahora tan pronto como llega al poder representa aún un rebrote de aquel terror inextinguible con que durante siglos contempló Europa el furor de la bestia rubia germánica" (*Ibid.*, p. 55). Habrá un displacer, una apenas contenida irritación en muchos nietzscheanos al leer esta frase, que intentan olvidar, y al ver, también, que la he citado. ¿Qué pretende hacer? ¿Remedar a Lukács? ¿Entregar un Nietzsche vindicador del irracionalismo y precursor de los nazis? Prometo algo: jamás me atrevería a simplificar a Nietzsche. Tal vez me interesa más señalar que estas páginas tumultuosas de *La genealogía de la moral* son una *travesura estudiantil* de un filósofo que quiso ser un ave de rapiña, un bárbaro feroz y, por qué no, un *espanta-burgueses* de alta efectividad. Veremos, muy prontamente, que avanzó más allá. Pero *también* fue, sin duda, eso.



Sigamos ahora a Nietzsche en sus consideraciones pre-freudianas sobre la cultura. (Pre-freudianas en este sentido: Freud abrevó en ellas larga y muy hondamente.) Nietzsche busca (o se pregunta, o se obsesiona) por el *sentido de toda cultura*. Ha consistido, describe, "en sacar del animal rapaz 'hombre', mediante la crianza, un *animal manso* y civilizado, un*animal doméstico*" (*Ibid.*, p. 56). Los auténticos *instrumentos de la cultura*, dice Nietzsche, son aquellos instrumentados para humillar y dominar a las razas nobles. A los instintos de las razas nobles. Dice, así, nuestro loco de Turín, que la cultura sofoca los instintos más verdaderos de los hombres. Que sólo hay cultura, que sólo es posible la cultura cuando los instintos de los hombres más genuinos son dominados. Cuando, por decirlo así, se logra hacer del ave de rapiña un buen ciudadano burgués. (Me permito, aquí, decir que estas cosas se nos revelarán aún con mayor claridad y hondura cuando analicemos la concepción nietzscheana del Estado. Anticipándonos: ¿no es el Estado el instrumento más poderoso para aplacar a las aves de rapiña y someterlas al orden burgués?) Estos "instrumentos de la cultura", dirá Nietzsche, que humillan al hombre en lo que éste tiene de más vital, de más agresivo y poderoso, son "un contraargumento contra la 'cultura' en cuanto tal" (*Ibid.*, pp. 56/57). Es preferible –sigue N.– tenerle miedo a la *bestia rubia* "que habita en el fondo de todas las razas nobles", es preferible "cien veces sentir temor" y "mantenerse en guardia" y no caer en "la nauseabunda visión de los malogrados, empequeñecidos, marchitos, envenenados" (*Ibid.*, p. 57). Y añade un texto vigoroso: "¿Qué es lo que hoy produce *nuestra* aversión contra 'el hombre'? –pues nosotros *sufrimos* por el hombre, no hay duda. *No* es el temor; sino, más bien, el que ya nada tengamos que temer en el hombre (...) el que el 'hombre manso', el incurablemente mediocre y desagradable haya aprendido a sentirse a sí mismo como la meta y la cumbre, como el sentido de la historia" (*Ibid.*, p. 57). Imaginen el poder de estas palabras en oídos de revolucionarios de todo tipo. En poetas. En filósofos de la oscuridad. En novelistas del subsuelo. En anarquistas violentos. Nietzsche es el profeta que abomina al hombre del reposo, de la mediocridad, del conformismo. En suma, *al ciudadano burgués*. ¿Quién no conoce adolescentes trastornados por Nietzsche? ¿No habremos sido nosotros alguno de ellos? ¿Cuántos de ustedes –si ésta es la primera experiencia que tienen con él– no se arrojarán sobre estos textos? ¿Quieren un poeta maldito, un loco genial, un profeta de la fuerza, del inconformismo y hasta de la crueldad? Saben quién es. Lo estamos conociendo. Y conocerlo es conocerlo en la modalidad de la pasión y el deslumbramiento. Sigamos, falta mucho aún.

Insiste Nietzsche en su cansancio del "hombre". No hay peligro en él. O el peligro que conlleva es lo contrario del peligro, del peligro que Nietzsche desea, del peligro de las razas nobles, de los bárbaros, de las aves de rapiña. Por el contrario, el "hombre" desciende hacia lo bajo, lo débil, lo manso, lo prudente, lo plácido, lo mediocre, lo indiferente, lo chino y –horror de horrores– *lo cristiano*. "Actualmente (dice) la visión del hombre cansa –¿qué es hoy el nihilismo si no es *eso*? ... Estamos cansados de *el hombre*..." (*Ibid.*, p. 58). Pero las aves rapaces siguen volando en lo alto y esto le entrega a Nietzsche algunas esperanzas. ¿Qué dicen las aves rapaces? "No estamos enfadadas en absoluto con esos buenos corderos, incluso los amamos: no hay nada más sabroso que un tierno cordero" (*Ibid.*, p. 59). Cuidado, corderos: las aves rapaces tienen hambre. Vuelan todavía alto y lejos, pero miran al rebaño y acaso ataquen en cualquier momento.

Nietzsche, entonces, se vuelve sobre la *pulsión del hacer*. Se malentiende todo cuando se dice que el hacer está condicionado por un agente que lo antecede, "por un 'sujeto'" (*Ibid.*, p. 59). ¡He aquí en acción al enemigo del sujeto! Que nadie diga que no hay riqueza en este Tratado Primero. Que no son innúmeros los temas que trata, con lo cual damos por liquidada cualquier acusación que diga que lo hemos elegido por el tema de la bestia rubia y otras desmesuras que podrían jugar en favor de la interpretación tipo Lukács. Ahora Nietzsche arroja sus garras sobre esa subjetividad tan venerada en la filosofía. Y postula: "No hay ningún 'ser' detrás delhacer, del actuar, del devenir; 'el agente' ha sido ficticiamente añadido al hacer, *el hacer es todo*" (*Ibid.*, p. 59. Cursivas mías.) He aquí una filosofía de la acción, del puro hacer, de la pulsión y de la fuerza. No hay sujeto, hay un *quantum* de fuerza, un *quantum* de pulsión, de actividad, de voluntad.

Y en final de este primer tratado Nietzsche elabora algo que, si se nos permite, se acerca a una *filosofía de la historia*. La historia habría sido la lucha de *Roma contra Judea y de Judea contra Roma*. Dice: "Hasta ahora no ha habido acontecimiento más grande que *esta* lucha, que *este* planteamiento del problema, que *esta* contradicción de enemigos mortales. Roma veía en el judío algo así como la antinaturaleza misma, como su *monstrum* [monstruo] antipódico, si cabe la expresión" (*Ibid.*, p. 67). Así las cosas, Roma (su fuerza, su potencia guerrera) y Judea (el hombre de la mansedumbre, el que Nietzsche abomina, el que remata en el cristianismo) se enfrentan a lo largo del desarrollo histórico. "Los romanos (insiste Nietzsche) eran, en efecto, los fuertes y los nobles; en tal grado lo eran que hasta ahora no ha habido en la tierra hombres más fuertes ni más nobles" (*Ibid.*, p. 68). Se pregunta: "¿Quién de ellos ha *vencido* (...), Roma o Judea?" (*Ibid.*, p. 68). Ha vencido Judea. Considérese, dice Nietzsche, ante *quién* se inclinan los hombres, hoy, no sólo en Roma "sino en casi media tierra, en todos los lugares en que el hombre se ha vuelto manso o quiere volverse manso" (*Ibid.*, p. 68). Se inclinan "ante *tres judíos*, como es sabido, y *una judía* (ante Jesús de Nazaret, el pescador Pedro, el tejedor de alfombras Pablo, y la madre del mencionado Jesús, de nombre María)" (*Ibid.*, p. 68).

Terminamos aquí la exposición del Tratado Primero de *La genealogía de la moral*. Acaso ahora podamos volver a respirar normalmente.

LATERALIDAD: NIETZSCHE Y SEVERINO DI GIOVANNI

Supongo (y seguramente supongo bien) que ustedes saben quién fue Severino Di Giovanni. Osvaldo Bayer escribió sobre él un libro definitivo que lleva ya varias ediciones, reimpresiones, reescrituras y añadidos de materiales nuevos. A él, desde luego, nos remitimos.

Como anarquista violento, Severino fue admirador de Nietzsche e incorporó a su vida, tal como él los entendió, los valores vitales del genio y el loco de Turín. En una carta del 10 de enero de 1929 establece una antinomia entre "vivir la vida" y "vegetar": "Vivir monótonamente las horas mohosas de lo adocenado, de los resignados, de los acomodados, de las conveniencias, no es vivir la vida, es solamente vegetar (...) A la vida es necesario brindarle la elevación exquisita de la rebelión del brazo y de la mente" (Osvaldo Bayer, *Severino Di Giovanni, el idealista de la violencia*, Galerna, Buenos Aires, p. 21, 1970). Severino se viste de negro, pues se asume como una encarnación del Mal. Escribe Bayer: "Era un hombre (...) que actuaba como emborrachado por toda la gama de colores, de luchas, de contradicciones, de bellezas, de generosidades, de traiciones que nos presenta la vida. Es decir, un nietzscheano auténtico" (*Ibid.*, p. 48). El 10 de septiembre de 1928 había escrito a su enamorada, Fina Scarfó: "...perdernos entre el verdor, lejos, lejos (...) y acatar la rapsodia heroica de la vida difícil" (*Ibid.*, p. 85). Puntualiza Bayer que, al allanar la policía la biblioteca que Severino tiene en Burzaco, encuentra "cartelitos impresos y expuestos en las paredes con frases del autor de *Zaratustra* (...) Por ejemplo, dice en la carta del 22 de octubre de 1928: '¡Oh, cuántos problemas se presentan en los senderos de mi joven existencia, trastornada por miles de torbellinos del mal! No obstante el ángel de mi mente me ha dicho tantas veces que sólo en el mal está la vida'" (*Ibid.*, p. 93). El poderío que Nietzsche irradia tiene un espectro inabarcable: los anarquistas, los fascistas, los nacionalsocialistas, los poetas surrealistas, los existencialistas, Freud, la Escuela de Frankfurt, Deleuze, Foucault... Es imposible la enumeración. Y a ello hay que añadir a los adolescentes inquietos de todas las décadas que encuentran en él la antítesis del conformismo, del mundo burgués, la posibilidad de la rebelión individualista, propia de esa etapa de la vida. (Al menos en los adolescentes de la burguesía: en los países pobres la adolescencia les está negada a los chicos marcados por la existencia-destino; ésa que les traza caminos insuperables y, si no los mata tempranamente, los lleva, sin estaciones previas, de la niñez a la edad adulta.) El mismo título de la próxima obra que abordaremos testimonia sin duda su genuina seducción: *Más allá del bien y del mal*. ¿Quién no ha soñado con estar alguna vez, absolutamente, *ahí*?

el próximo domingo
CLASE N° 16
NIETZSCHE, "MÁS ALLÁ DEL BIEN Y DEL MAL"